

Luz con materia. La entereza necesaria para rehacer el mundo a su antojo. Y todo ello apelando a su convicción más profunda: «Hay que estar convencido, pero sin creérselo mucho».

Hablando poco, y pintando con furia, logró que la pintura latinoamericana se impregnase con el color inconfundible de un ámbito que hierve en la luz y se torna humano a fuerza de simple comprensión plástica. Y la fuerza de un hombre que sabía cómo pintura y vida son tan indisociables que sin ninguna de ellas podía existir.

Su obra y la crítica

Por ello los críticos que se refirieron a su pintura señalaron, en todo momento, su capacidad para conciliar elementos dispares; el lograr, por ejemplo, a través de ese contrapunto de construcción y expansión disociadora, el trazado de un espacio-paisaje donde lo épico de grandes bloques formales termina por diluirse en lo lírico de su disolución última. Y sus veladuras y transparencias terminan por sostener, en definitiva, la apoyatura de esa mesa-horizonte que siempre reitera como núcleo. Marta Traba, en *Elogio de la locura* (Bogotá, Universidad Nacional, 1986), un trabajo donde estudia su pintura hasta 1974, terminó por adscribirla, en su análisis, a la circularidad endogámica de la cultura colombiana, estableciendo así su parentesco con el mito. Dijo al respecto: «El pensamiento colombiano siempre tiende a establecer, como en las sociedades míticas, un modelo que supere una contradicción» (pág. 70). Pero la contradicción la asumía Obregón en sí mismo.

Por su parte el ensayista y narrador mexicano Juan García Ponce, en su libro *Las huellas de la voz* (México, Ediciones Coma, 1982), al sintetizar su arte ha escrito: «Y es en efecto un conjunto sin término de obras en las que juegan la locura de la vida y la seriedad del arte; la posibilidad de contemplación y la obligación de entrega; la cultura y la naturaleza; un apacible principio femenino, dulce y enigmático en su búsqueda ingenuidad y un violento principio masculino riguroso e implacable en su continuo enfrentamiento a la realidad de las apariencias» (pág. 58).

Pintura viva, en consecuencia, que ahora continúa emitiendo significados, sola ante sí misma, ya que la arro-

lladora personalidad que la enmarcaba ha muerto en cuerpo mas no en trascendencia.

J.G. Cobo Borda

Carta sobre Cuba

Nostalgia habanera

Durante más de treinta años, Cuba ha sido el sueño del turismo revolucionario, hoy un poco envejecido pero no menos animoso. La cuarentona que ocupaba el tercer asiento de nuestra fila, junto al pasillo, en el vuelo que nos llevó a La Habana, le describía a la que viajaba detrás el calor con que un amigo había celebrado su decisión de visitar nuevamente la isla, «último bastión del comunismo». Era, sin duda, una manera de señalar su propio entusiasmo. Se producía con locuacidad, en efecto, y aún con impertinencia, a cada momento se volvía para comentarnos algo. Yo trataba de resguardarme en el discurso de Fidel reproducido por *Bohemia*, en el que el Comandante revelaba su descubrimiento de que la tecnología soviética importada por Cuba era obsoleta y onerosamente ineficiente. Pero el Ilyushin, cuyo sistema de presurización goteaba sobre la revista, las páginas man-

chadas de *Bohemia*, el parloteo de la compañera de viaje y el discurso mismo me hacían sentirme cada vez más fuera de lugar. Todo parecía anacrónico. El recuerdo de ciertas historias familiares del año cincuenta y nueve, más bien fabulosas, como el de muchos libros entrañables, películas y fotografías me volvían con insistencia, produciéndome una sensación de *dejà vu* desagradablemente parecida al tedio y la irritación que nos causan ciertas interminables discusiones.

Recordaba, también, una entrevista con Mario Benedetti que había leído hacía meses en el suplemento de un periódico mexicano. Las líneas de introducción se preguntaban, nostálgicas, quién no habría leído *La tregua* con entusiasmo. Me había irritado esa pregunta que, desde luego, no expresaba sino la certidumbre de un nosotros vasto y fervoroso, en el que descansaba el valor de una novela que no he leído. Como la melancolía con que se habla del fin de la utopía, ciertas nostalgias quisieran ser un argumento y enuncian una declaración de fe. Una fe que alienta, íntima tristeza reaccionaria, en buena parte de nuestra opinión pública. Defender a Cuba, a la Revolución, a Fidel Castro, es para muchos latinoamericanos tanto como defender la propia identidad, tanto como defenderse a sí mismos. Pero en la noción de la propia identidad la razón y la lucidez suelen pesar menos que las pasiones y los sentimientos. Nuestra autocrítica debería comenzar por la crítica de unas y otros: aunque un error intelectual no es lo mismo que un error moral, ciertos juicios intelectuales se fundan en visiones morales. Es difícil olvidar el fervor con que muchos vieron en su identificación con Saddam Hussein un argumento para defenderlo. Es difícil no sentir el calor de los sentimientos en la moderación, los buenos modos, el respeto con que nuestros intelectuales se refieren a Castro. ¿Cómo explicar el absurdo con que García Márquez respondió hace poco a una pregunta sobre la situación cubana: «Que no se dejen hacer nada mientras no les levanten el bloqueo»?

Las manifestaciones de apoyo, es cierto, no sólo llegan desde el extranjero: las más entusiastas se producen en La Habana. En los días en que se firmaba el Acuerdo de Paz entre la guerrilla y el ejército de El Salvador, el canciller cubano, Isidoro Malmierca, declaró en México que la pena de muerte dictada por los tribunales de su país era «voluntad del pueblo cubano». No parecía

mentir, y no creo que lo haya hecho. Pocos días después, cuando no había pasado una hora desde el fusilamiento de Eduardo Díaz Betancourt, la televisión recogió en las calles del centro de La Habana las opiniones de varios ciudadanos cubanos sobre la aplicación de la pena. Con indignación, con energía, o sin entusiasmo, con la risa nerviosa de estar ante las cámaras, muchos respaldaron la medida, algunos se negaron a opinar y sólo uno confesó que le parecía excesiva. Tampoco parecieron mentir, ni creo que lo hicieran. Esa unanimidad, sin embargo, es mucho más digna de atención que el hecho de que la pena de muerte se aplique o no en otros países, en el que se han demorado los editorialistas de la prensa mexicana. El pueblo cubano vive desde hace años en una situación de emergencia, está acostumbrado a pedir cabezas cuando le piden que las pida y ha aprendido a desear la muerte del enemigo que le han señalado sus dirigentes. Pero es dudoso que un pueblo que pide cabezas sea un pueblo con la cabeza despejada.

Cabezas despejadas, libres del polvo y la paja de las consignas. Tengo la impresión, después de hablar con muchos cubanos en la isla, de que los cientos de miles que en la Plaza de la Revolución responden unánimemente a las incitaciones de Fidel Castro no serían menos unánimes, en muchos casos, interrogados uno por uno, aun si la mayor parte, como me parece, quisiera que hubiese ciertas reformas, que Castro y otros se fueran y de ningún modo deseen un cambio violento. Pero es una impresión personal, muy limitada y que no hay modo de comprobar. La unanimidad de una manifestación no es lo mismo que la mayoría de los votos y, aunque las elecciones y la democracia tampoco lo sean, no tenemos manera de saber cuál es la voluntad del pueblo cubano mientras en Cuba no haya elecciones. Es cierto: las elecciones son sólo una parte de la democracia y es en cambio la cultura democrática la que permite que haya elecciones realmente libres, realizadas por ciudadanos libres, dudosos de las consignas. Pero el régimen de Castro, en cuyas escuelas los niños aprenden a corear «¡Socialismo o muerte!» desde pequeños (según el enternecido testimonio, insospechable de imparcialidad, de Hermann Bellinghausen en *Nexos*), no propicia la existencia de una cultura democrática ni parece dispuesto a permitirla. Desde hace años, la oposición y los grupos defensores de los derechos humanos que hay en la isla

no son reconocidos por el régimen, carecen de existencia legal y son brutalmente hostigados, cuando no simplemente y llanamente eliminados. Los testimonios sobre la persecución de las conciencias son abrumadores, por más que para el régimen y sus defensores esa persecución no exista y los disidentes no merezcan otro nombre que el de criminales contrarrevolucionarios. Por abrumadores que sean esos testimonios, con todo, son menos terribles que la mutilación general de las conciencias.

En Cuba no hay diferencia entre las opiniones públicas de un ciudadano y sus opiniones privadas: su opinión es una sola, lo que equivale a decir que no existe. Todo lo que un cubano pueda decir en contra del régimen ha de decirlo en privado. Pero hablar de política en privado con un cubano suele ser tan descorazonador como lo fue para un periodista colombiano hablar de política con un ruso en 1957. «En ese terreno es inútil conversar con ellos para encontrar algo nuevo: las respuestas están publicadas».

La forma de expresión política privilegiada en Cuba es la manifestación de masas, no la manifestación individual. Su lenguaje, que ignora la duda y afirma o niega con energía, está hecho de monosílabos y de ese anhelo del monosílabo que es la consigna. García Márquez, que cree en la libertad de las consignas pero, según ha dicho, no en la libertad de prensa, ha descrito cómo Fidel «se apodera de la audiencia. Entonces se establece entre él y su público una corriente de ida y vuelta que los exalta a ambos y se crea entre ellos una especie de complicidad dialéctica, y en esa tensión insoportable está la esencia de su embriaguez. Es la inspiración: el estado de gracia irresistible y deslumbrante, que sólo niegan quienes no han tenido la gloria de vivirlo». Otro especialista, el psiquiatra cubano Rubén Darío Rumbaut, lo ha dicho en términos parecidos: Fidel «convierte en cómplice a toda la audiencia». Lo curioso de esa «complicidad dialéctica» que emociona a García Márquez es que sea uno sólo el que habla, uno sólo el que discurre mientras los demás aplauden. No hay que olvidar, por lo demás, que al Comandante la gracia de la inspiración puede arrebatarse en cualquier momento, incluso cuando no está ante las masas, y depararle la visión del fin de los cañaverales, el ganado importado, la ganadería revolucionaria y luego, nuevamente arrebatado, la de los cañaverales inmensos, la zafra de los diez millones y la importa-

ción de productos lácteos. Pero es falso que entonces no esté ante las masas: los aplausos lo siguen todo el tiempo. «¡Ordene, Comandante en Jefe!», dicen las bardas. De los postes del alumbrado cuelgan carteles que enseñan etimología: *Fidelidad*.

Desde luego, mucha gente quiere oír otra cosa que las consignas y presta más atención a la prensa que a las leyendas de las bardas y los carteles. Muy temprano hay colas para comprar el *Granma* o, si se agotó, para leerlo en las vitrinas donde lo despliegan. Pero los diarios y revistas no dicen otra cosa que las consignas, aun si lo dicen de otro modo. Su materia principal son los avances en la construcción del socialismo en Cuba, las efemérides de la lucha guerrillera, la mala situación de los países del Este y el deterioro del capitalismo, y el papel de la crítica se reduce a señalar las desviaciones y llamar al orden a los descaminados. Es raro encontrar una publicación periódica que no cite o mencione a Castro, e imposible dar con una que lo critique. Lo mismo puede decirse de la radio y la televisión. La última palabra sigue siendo la que dijo Raúl Castro en el IV Congreso de la Unión de Periodistas Cubanos: «Critiquen todo lo que quieran: ¡el partido está detrás de ustedes!».

La creación literaria no está menos sujeta a la dirección del Partido que los medios informativos. Según la declaración de principios de la UNEAC, es «absolutamente esencial que todos los escritores y artistas, a pesar de sus diferencias estéticas individuales, participen en la enorme labor de defender y consolidar la Revolución». Para defenderla y consolidarla, el vasto *Diccionario de la literatura cubana* del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba (2 tomos: 1980 y 1984) no recuerda a Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy ni Carlos Franqui, aunque sí a Heberto Padilla, con la advertencia de que su poesía es «contrarrevolucionaria». También olvida a la mayor parte de los numerosos escritores cubanos exiliados, entre los que hay figuras centrales de nuestra literatura contemporánea. En cambio, tolera a algunos que, como Lydia Cabrera, son publicados sin autorización por el régimen, que no paga derechos de autor pero puede prohibir que se publique en los Estados Unidos una traducción de un autor cubano ya fallecido, Virgilio Piñera. El relato de Senel Paz, *El bosque, el lobo y el hombre nuevo*, que ha sido visto como novela rosa por críticos mexicanos,